

LIBRO DÉCIMO

Los Ganados Mayores



LIBER DECIMVS

Armenta

LIBRO DÉCIMO

Los Ganados Mayores

1-5 Proposición

Pingües ganados difusos a lo ancho de campos
vernales me agrada encerrar en angostos cercados.
Necesito de rudo boyero avezado a la dura tarea,
que junte manadas de greyes errantes por llanos,
y expulse a bovinos montanos de sus territorios natales. 5

6-13 Invocación

¡Vosotras, oh Ninfas, cercad la llanura y los sotos, Divinas!
que en carrera tenéis por costumbre cazar a los gamos veloces
a través de campiñas; y acosad por la selva a animales fugaces;
y los que nos niegue alcanzar en Pegásico curso
voluble Fortuna, encerradlos vosotras en cercos; 10
o abatid si os place con dardo estridente al rebelde:
que fiel compañero yo mismo agregado a los mozos mejores
en Parnásica cumbre alzaré en vuestro honor sacros templos.

7 damas • 8 syluas • 13 Parnassi

14-25 Los predios

Por tierras Mexicanas los predios a lo ancho pujantes,
 los cuales del seno telúrico opimo deparan rumbosos 15
 copiosas riquezas a los labradores y al pueblo,
 no encierran pequeños cultivos en cercos estrechos;
 sino que por todas sus partes doquiera extendidos abarcan,
 por un treintena de leguas cercados, cuantiosas yugadas
 de mieses doradas, o en parte cubiertas de selvas tupidas, 20
 o en suelos expuestas al sol, o por vítreas aguas regadas.
 Pingües llanuras con hierro voltea nervudo el colono,
 y selvas y ríos y pasto le deja al ganado.
 Por eso verás por aquí y por allá sin pastor en los campos
 rebaños errantes con nueva progenie asociados. 25

26-53 El caballo garañón al frente de su manada

Entre ellos henchido de brío y soberbia destaca con fácil
 ventaja el nevado caballo, por su negra cola, admirable.
 Él por los campos, herbosas alfombras, dorados
 con crin despeinada en su cuello y en lomos y orejas,
 con cola empinada a la vez que con corva cerviz, 30
 galopante con ritmo golpea bravío los prados al paso,
 conduce tras sí a la densa manada de yeguas
 muy blancas, y atento pasea en los prados amenos.
 Y si remolona una yegua desdeña seguirlo en su marcha,
 con agudo relincho al instante el caballo la urge, 35

(2) Equorum armenta equabus constant uiginti quattuor, quibus praeest emissarius. Haec armenta pro magnitudine praediorum, ac diuitiarum ad quadraginta, uel octoginta esse solent. Sunt tamen aliqui, quos maximopere iuuat equas cuiuslibet armenti eiusdem esse coloris cum emissario.: *Las manadas equinas constan de veinticuatro yeguas presididas por un guía semental. Según la extensión de los predios y conforme a las riquezas, suele llegar a cuarenta, y hasta ochenta, el número de estas manadas. Hay a quienes les gusta sobremanera que las yeguas de cada manada tengan el mismo color que el guía semental o garañón.*

35 ocyus

y a la lerda la llama doliente, y de nuevo la llama.
 Si empero inmutable la hembra rehusa obediencia,
 ataca insistente con fiero mordisco a la yegua morosa,
 haciendo que vuelva, oprimida de súbito horror, al rebaño.
 Mas no siempre a la grey amenaza con penas acerbas: 40
 antes bien hacia pastos recientes con finos cuidados
 él mueve consigo a la grey femenina y sus tiernos
 potrillos, y a que calmen la sed en las aguas conduce;
 mientras vuelve, de regreso a fecundas praderas,
 las seduce a gozar de la sombra bajo Olmos añosos. 45
 De ahí numerosos los nobles corceles nacidos de sangre
 de raza, muy dignos de uncirse a veloces cuadrigas
 del Sol, discurren vagantes doquiera sin ley en los campos,
 en tanto que el carro de Febo complete seis giros.
 Pues del campo en verdor esplendente por césped lozano 50
 las siembras, no oprime con hielo ni quema sus frondas
 la bruma nivosa, ni se hinchán por rígido hielo los ríos;
 sino que por siempre sonríen arbustos en cielo benigno.

54-75 La doma de los caballos

Cuando alípedo equino desea domar con los rígidos frenos
 ansioso un vaquero de insigne valor conocido, 55
 de innúmeras greyes al punto eligiendo bien uno,
 en cercados contruidos al lado de su habitación
 cuidadoso lo encierra, asistiéndole un grupo de amigos.
 En alto su diestra que gira provista de un lazo girando,
 prende al equino y se afirma esforzado con todo su cuerpo; 60
 entre tanto con otros cordeles la gente asociada reata
 ceñuda al rebelde que ataca a mordiscos y coces,
 ciñéndole el morro ágilmente con rudo y nudoso cabestro.
 Después sobre el dorso que obeso la turba adornó de jaeces,
 se monta el jinete, y sin más al solípedo alado lanzado 65
 de cercos profundos el bárbaro agita por la amplia campiña.

58 sociûm • cateruâ. • 65 è

Empero rabioso el equino retuerce entre saltos su dorso,
 se pone de manos erguido, o bien cabecea y las auras
 a coces sacude y se abrasa en lanzar de su lomo al jinete.
 Mas aprieta con ambos jarretes el diestro los lomos sudosos 70
 del fiero, y erguido manejan sus manos las riendas:
 con ellas ya frena el equino, ya lo hace girar en gran vuelta;
 lo apremia agitando talones, y frena en mitad de la hierba,
 hasta tanto que al potro con múltiples pruebas domado
 lo enseñe a medir los gramales con rítmico paso. 75

76-96 Las peleas entre los caballos

Mas cuando a muchas manadas, mezcladas las madres,
 obliga a morar el vaquero en los cercos estrechos,
 al punto encendido por rabia de amor y de celos
 el macho con coces y muerdos protege a su propia 80
 manada, y se inflama de ira, y provoca batalla.
 Pelando sus dientes ataca altanero al contrario avivado,
 e intrépido mueve en el medio del cerco feroces peleas.
 Se atacan rabiosos, y erguidos de manos entrambos,
 el uno sudando procura muy fiero la ruina del otro:
 con las manos se hieren el pecho, sus orejas a muerdos, 85
 o laceran con lluvia de coces el resto del cuerpo.
 Luego con gacha cerviz y relinchos instiga ominoso,
 y de nuevo se yergue de manos y muerde al contrario
 hasta que el cuello sudoso oprimiendo con rábido diente,
 por tierra lo tumbe, y lo tienda vencido en la arena. 90
 Luego camina hacia atrás, contento de la honra alcanzada
 el que vence, y flotante la crin por sus lomos robustos
 retorna enseguida a su clan y revisa a las madres.
 No de otro modo el soldado de célebre sangre nacido
 se entrega incansable a vencer a la escuadra retante, 95
 mas goza en ceder a los ruegos y dar el perdón al vencido.

80 irâ • 82 praelia • 87 pronâ • 90 arenâ • 92 comâ

97-111 Separación de las manadas

Mas ya a los ganados, ha tiempo reclusos en cercos cerrados,
 de nuevo el guardián deja ir por los agros vernaes.
 Observa avanzar la columna con yeguas mezcladas,
 y salir en tropel por las puertas estrechas al prado: 100
 con cuán sin embargo solícito ardor el caballo a su propia
 manada y sus yeguas, de la otras manadas separa,
 y prudente conduce a llanuras y pastos por él conocidos.
 ¡Pero ay de la yegua que, dejando en el campo a los suyos,
 se agregue mezclada entre madres de ajena manada, 105
 y rehuse acatar el clamor de su propio marido!
 Pues veloz con pezuñas que vencen al Céfiro alado
 se arranca el caballo, y buscando con diente severo
 revuelve doquiera el ganado, y todo lo agita furioso,
 hasta tanto que lleve de nuevo a la yegua encontrada 110
 entre el vulgo, con muerdo frecuente, a la propia manada.

112-124 El asno al frente de la manada de yeguas

También muchas veces, el don de Sileno, el asnillo
 de belfos horribles, sin gracia y de largas orejas,
 preside a las yeguas. No obstante que sangre de Reyes
 lo afama, y en regios honores lo tiene el país de Madauro; 115
 no, sino férvidas mulas que igualan al rayo,
 procrea, de insignes pezuñas y paso tranquilo;
 con ellas andamos por larga jornada, y por ásperas vías
 vencemos aéreos los montes que pasan las nubes
 y por ellas de gran esplendor la dorada carroza en las urbes 120
 y agrestes caminos se mueve, y también las carretas.
 Tal prole además, avezada a las cargas biformes

*Madurienses tributan a los asnos grandes honras; pues creen que sus Reyes son
 originarios de un cierto asno, y que las almas de los nobles a los asnos transmigran.*

recorre esforzada y asidua los llanos y montes,
y rompe con reja gravosa la gleba endureda.

125-136 Las peleas del asno con el caballo

Mientras vaga por entre el rebaño en los campos,	125
el asno del hato protege sin sueño a la prole y la madre	
celoso, y aleja feroz a todo caballo de sus propios pastos.	
Y si de brioso caballo, dejando en desprecio al marido,	
incauta una yegua la voz y caricias siguiese,	
sacando los dientes el asno, y de rabia encendido	130
la guerra declara y ataca con rudo mordisco feroz al galán:	
al suelo derriba al que a voces implora gimiendo perdón,	
y ya derribado con muerdos y muerdos y a coces fatiga.	
Como suele un mozuelo marcado de origen abyecto,	
después que ha vencido al egregio rival con sus fuerzas,	135
alegrarse feroz, y a puñal extinguir al vencido.	

137-147 Preparación del asno para semental

Mas él, de su grey por amargos desvelos exhausto,	
no sigue la inmensa carrera del Sol en los campos;	
más bien, obligado a morar junto al pingüe pesebre	
restaura con piensos su fuerza hacia el año siguiente	140
engordando voraz con el grano y con jugos de leche,	
hasta que primavera corone los prados rociados de yemas.	
Mas cuando sonríen herbosas campiñas con tierno mullido,	
el asno esquilado en sus lomos macizos e ijares,	
rebosa a menudo de Sirios ungüentos de oliva fragante,	145
y por viejos afectos de nuevo impulsado al rebaño	
retorna a su grey por vesánico ardor excitado.	

134 abiectâ

148-152 Toros y vacas libres por los campos

Así mismo fogosos, el toro inclinado a la recia contienda,
 y el buey de labranza y la dócil novilla divagan,
 y errantes por tiempo los sotos y campos frecuentan, 150
 sin que tornen al cerco al caer de la noche las sombras
 ni blandos jamás se guarezcan so establos opimos.

153-172 Las novillas recién paridas

Mas cuando la ha poco parida en el medio del campo,
 se lleva a la zaga al ternero, y lo esconde en las selvas,
 al punto al cautivo, mugiendo muy triste la vaca, 155
 solícito encierra el boyero en los cercos pequeños,
 y recoge en la casa un ingente montón de terneros
 para que ansiosos no sequen las ubres turgentes maternas,
 y que, por ausente el amor natural de su prole, la madre
 se llegue al ordeño, y regrese por su iniciativa al establo. 160
 Si empero una pérfida vaca desdeña a su cría
 y se oculta al amparo del bosque en la fronda sombría,
 y a casa rehusa volver a criar al ternero,
 al punto los rústicos mozos se montan a lomo de raudos
 corceles, los cuales ni Etón el flagrante aventaja; 165
 y a la vaca buscada por tiempo entre frondas del bosque,
 en carrera fogosos persiguen, y la hacen salir del ramaje.
 Por ello, de muchos jinetes la tropa arrancada del sueño
 tan pronto la Aurora repele del cielo las sombras,
 el bosque y el prado y las fuentes atenta revisa 170
 a diario, y sacando del campo a las vacas rebeldes,
 en altos cercados, y cabe el redil de la prole, encarcela.

Suelen congregarse en los rediles hasta cien novillos, y muchos más, según la extensión del predio.

159 sobolis • 189 coelo • 172 sepibus • sobolis

173-202 El ordeño

Luego al ternero gimiendo y llamando a la madre perdida
y exhausto del hambre, lo toman y le abren la cárcel.
Al punto insistiendo en quejidos él llama a su madre, 175
y la amante nutricia con tierno clamor a su prole saluda.
Tan pronto el ternero recibe el sonido de aquella que clama,
con súbito curso a través del confuso escuadrón a la madre
rastrea hasta que, al mugir redoblado de aquella que llama,
logra festivo chupar de la madre las lácteas ubres. 180
Mas impide calmar al ternero la rabia cruel
de su vientre, armado de ruda maroma el boyero.
Pues apenas aplica a las ubres henchidas sus labios
la cría, y empieza a gustar de los níveos licores,
el vaquero al renuente de ser arrancado de la ubre nutricia 185
con súbita sogas retiene, y lo ata a las piernas maternas.
(Pues se niega a mostrar la novilla con arte maligno
las fuentes nectáreas ocultas, si ausente está el hijo.)
Después aproxima un barreño de añoso madero labrado,
y exprimiendo la ubres turgentes con palmas alternas, 190
repleta del cándido néctar el vaso leñoso,
e inundan los chorros colmando de espuma los bordes:
fluye de allí mantequilla con gran cornucopia
e innúmeras ruedas de leche por prensa estridente cuajada.
No obstante prudente respeta el vaquero una mama 195
que lacte repleta, ya libre de sogas después, el ternero.
Una tras otra ordeñadas así las vaquillas
al campo, por fin descorriendo las cercas, derrama
a tomar los gramales del agro y su sed a expeler en arroyos.
Mas pródigo envía el boyero con un zagalejo a los tiernos 200
becerros a fin de que rapen el prado en arbóreos retiros,
y así a los sedientos de leche materna les veda aliviarse.

203-217 Marca de los novillos

Cuando ya va tomando mayor estatura el becerro,
 y encubre con cuernos hostiles sus amplias orejas,
 muy pronto en angosto cercado recluye el boyero 205
 al ingente rebaño de crías que vaga ya libre en los campos,
 a fin de signarles a hierro inflamado sus muelles espaldas.
 Amarra el boyero con lazos las patas del nuevo torete,
 y aunque este resiste por tiempo, lo tiende en la dócil arena.
 Después con el sello flameante que es propio del fundo, 210
 quemándole el lomo al novillo renuente, lo signa.
 La fiera, convulsa al rigor de la marca cruel,
 se agita impaciente y babeante resuella de ira,
 y ataca feroz, cuando libre se ve de la soga nudosa,
 a los mozos reunidos en grupo en el medio del cerco. 215
 Pero goza esta gente en burlar la cruel embestida
 y, saltando saltando, en cansar al brioso atacante.

218-238 Una cáfila de toros y su destino

Y a veces se puede admirar cómo son sometidos los toros
 rabiosos, y verlos marchando sumisos a un solo redil.
 Apenas devuelve a los hombres la luz fecundante 220
 el Lucero que surge de nuevo a la vida de mares de Oriente,
 al punto en alados corceles montados intrépidos mozos,
 oscuras penetran las selvas, recorren los campos,
 y apremian las reses dispersas con muchas carreras.
 Parte a los toros obliga a salir de los bosques umbríos, 225
 parte los llevan corriendo de la alta colina a los prados,
 y parte vigila a los ya reunidos en medio del campo,
 hasta así congregar un inmenso rebaño de toros.
 Y si alguno acelera la fuga, y se apresta a dejar
 la manada, al instante un vaquero, soltando las riendas, 230
 apremia al caballo agitando talones, y sigue al que vuela

 225 tetro

hasta que asido del rabo al cansado por larga carrera
 lo vire al contrario, y al toro derribe en el agro;
 con ello, la pena severa lo lleva advertido hasta el hato.
 Luego muy cautos separan los pingües para el matadero, 235
 y los fuertes, de cuello robusto y morrillo peludo,
 reservan prudentes a fin de que uncidos volteen los agros;
 y al resto del grupo remite hasta el fondo de los pastizales.

239-259 La doma de toros

Pero a fin de domar para el yugo a los toros electos,
 después de castrados, al trato social con los bueyes
 los mezcla, y uncidos con otros con temple domados 240
 los pone a marchar, hasta que rabia y fiereza
 depongan, y aprendan so el yugo a bajar la cerviz.
 Por ello, el gañán a la par de dos bueyes engancha
 al bravío, y a idéntico yugo somete a la terna: 245
 así cuando el toro, por rabia ancestral sacudido,
 desee furioso correr con pezuña veloz la besana,
 los ya acostumbrados a arar en el surco al vaivén,
 lo frenan cerril, y con paso igualado lo van enseñando
 a medir las yugadas, al ir quebrantando su furia. 250
 Mas cuando a romper los terrones con paso compuesto
 ya el toro educado expulsó de su pecho el violento
 furor, y aprendió a obedecer a sus duchos maestros,
 al instante este toro tercero se inicia a la dura tarea
 de arar; pues sujeto con largo cordel por los cuernos, 255
 el diestro gañán lo reata a la curva mancera detrás,
 con blanduras arrastra al que en vano repite intentonas,
 hasta que a grandes labores y a enérgico arado avezado,
 haya aprendido a labrar los terrones con paso tranquilo.

260-274 Los toros montaraces

Mas suele a las veces que un grupo de toros rebeldes, 260
 ocultos se queden del bosque en la umbrosa enramada,
 porque detestan la grama del llano, el sol y las auras,
 y gozan de hierba lozana que rapan so Fresnos oscuros.
 Ni nadie es capaz de arrojar de la selva a la turba,
 si no es que abrasada, la impele la sed a buscar en abiertas 265
 praderas so sombras nocturnas tranquilas fontanas.
 Pero la gente operosa en la noche a los toros fugaces
 ataca en carrera, y a los ya cansados cercena en el prado.
 En efecto, los mozos preparan insignes corceles
 de rápido casco, y audaces se ciñen cada uno su arma: 270
 este toma, provista de punta bronceína una lanza,
 aquel va blandiendo una luna bicornes de lúcido bronce,
 y el resto va atando entre tanto a las colas equinas
 cordeles ha tiempo trenzados de pieles de toro.

275-300 Cacería de los toros montaraces

Cuando ya el pelotón a la usanza sus armas dispuso, 275
 se lanza por la ancha llanura, so noche silente,
 en el tiempo en que colma la Luna más fúlgida el orbe,
 y con paso muy quedo al lugar taciturnos se acercan,
 allí por do fieros conoce que salen al río los toros.
 Entonces disuelto el equipo entre umbrías del bosque, 280
 con postas de guardia el paraje frondoso corona,
 mientras la presa esperada camine a las aguas tranquilas.
 Mas cuando dejó ya los sotos negreantes y umbríos,
 y a paso pesado aparece el bovino en la anchura del agro,
 los prontos jinetes con férreo talón los veloces 285
 corceles apremian, y siguen al toro que busca las aguas.

innectunt.: Entre los vaqueros del Reino de Guatemala, existe la costumbre
 de amarrar los toros a la cola del caballo con correas de piel bovina, para
 conducirlos, así amarrados, donde deseen. Otros vaqueros atan a los toros de
 manera diferente.

El primero se esfuerza en postrarlo con lanza enristrada;
el otro en cortarle las patas con corva cuchilla alunada,
si es que otro no lanza primero la sogá a la testa cornuda,
y al toro lazado sujeta a la cola de brioso caballo. 290

La bestia al instante de furia terrible convulsa,
siniestra acomete con gacha testuz al alípedo equino:
pero atento el jinete en carrera anhelante sortea
a la bestia que cerca lo ataca y de golpe mortal amenaza,
mientras cortan a hierro los socios las patas del loco, 295
o el mismo jinete volando en el próximo cerco lo deja.

De seguido los mozos en corro extendidos, las patas
del toro que brama, con recias correas bovinas reatan,
le arrancan la piel a cuchillo, desnudan su pecho y costado;
que llevan a casa y, aún palpitantes, al fuego los tuestan. 300

Fin del Libro Décimo

294 cominus • lethumque, • 296 septa • 297 circùm